

La casa del rayo

Esta historia se cuenta de abuelos a nietos ¿me oyes? Mi abuela me la contó hace ya mucho y ahora te la cuento a ti. No sé en qué año pasó, pero sí el día. Fue la víspera de San Miguel. San Miguel el Tramposo lo llamábamos en San Esteban. La mitad de la historia la sabe casi todo el pueblo. La otra mitad, recuerda, solo de abuelos a nietos. No sé el año, pero serían las siete o las ocho de la tarde. Era un día de bochorno, el aire olía a hierba y tierra mojada, detrás del castillo se veían ya unas nubes cargadas. Antes, la gente sabía cuándo iba a llover sin ver el parte y decían que sería noche de tormenta.

Era una hora baldía, tarde para las labores del campo, pero pronto para meterse en casa. En el pórtico de la iglesia de San Miguel unos mozos estaban colocando tablones para el día del santo y bebían vino a morro. Habría misa mayor y era el día de cerrar cuentas y arreglar rentas. El párroco de entonces, Don Evelio, miraba con una sonrisa de bebé a los mozos trabajar. Era un hombre delgado y astillado al que llamábamos en catequesis la Tea porque además de fino se encendía muy rápido. No soportaba que se mentara a Dios a la ligera. Así, cuando alguien decía *gracias a Dios* o *quiera Dios*, saltaba como un resorte y, con esa firmeza que solo tienen los curas, decía *sácate a Dios de la boca*.

En la plaza, otros mozos con camisas roncheadas de sudor tomaban anís con agua. Habían pasado el día marcando lindes o cortando leña y miraban la tormenta llenos de polvo, musgo y serrín. El aire estaba cargado de humedad. Hacia Ayllón se veía el cielo todavía azul, hacia el Burgo todo era una nube negra.

Frente a la casa de mi abuela, pasaban dos hombres de Torremocha cargados con cuerda de esparto. La Juli, que vivía enfrente, tendía unas sábanas blancas en la ventana. Los niños, porque yo entonces era niño y más niño que tú, nos entreteníamos en el huerto de atrás. Con un guijarro clavábamos una punta oxidada en un ciruelo y así, maltratando al pobre árbol, pasábamos la tarde. Hoy, ya ves, el huerto está comido de pura maleza y zarzales.

Mi abuela se llamaba Lupe y la llamaban Doña Lupe porque era hija de un teniente y viuda de un militar. Su padre había despachado alguna vez con

Espartero y su marido había muerto de camino a la Indochina en un barco. Por eso vivía sola, en esa casa de tres plantas, salón, cocina y recocina. Bueno, sola no, porque Doña Lupe había tomado de criada a una mujer de su edad, Cosmia, a la que llamaban Doña Cosme. La abuela siempre decía que la tristeza de ser viuda se empeoraba con las tareas domésticas y creo que nunca cogió un trapo o atizó una lumbre. Para eso estaba Doña Cosme. Mi abuela tenía una forma peculiar de dar mandados. No decía *abre la ventana o prepara pan*, sino *voy a mandar abrir las ventanas o sería de bien tener pan caliente*. Y ahí iba Doña Cosme.

El alcalde de entonces era Don Pascual y le llamaban el Sapo porque era gordo y parecía que no podía andar y respirar al tiempo. Así, como hacen los sapos, daba unos cuantos pasos rápidos, se paraba a tomar unas bocanadas de aire y se ponía en marcha de nuevo. Aquella tarde, Don Pascual llevaba a casa de mi abuela los documentos de unas servidumbres. Cuando casi había llegado a la puerta cayó el rayo.

Se oyó primero un ruido de sables, luego como si un maromo golpeará una chapa y por último como si vaciaran de golpe un remolque de grava. El rayo, como una culebra de luz, cruzó el cielo y entró por la puerta de casa de Doña Lupe, mi abuela.

Los de Torremocha se quedaron tiesos, Don Pascual el Sapo dejó caer el cartapacio y salieron volando los papeles mecanografiados. La Juli dijo *ay, ay, ay*. En la plaza comenzaron a comentar que ese había caído cerca. Uno de los mozos que estaba en el pórtico de San Miguel dejó caer del susto un frasco de vino y mojó los zapatos de Don Evelio.

Los de Torremocha tiraron las siete brazas de esparto en el suelo y corrieron a la puerta de casa de la abuela, por donde un segundo antes había entrado el rayo.

—Ha caído dentro — gritó uno. Y el barullo comenzó a crecer. La Juli salió a la calle con la sábana blanca recién lavada y seguía con su *ay, ay, ay*. Don Pascual el Sapo estaba del todo ido.

—¿Me ha dado? — preguntaba una y otra vez casi sin respiración.

Llegaron los mozos de la plaza y los de la iglesia. Unos preguntaban que qué había pasado y otros respondían que una centella había entrado en la casa. Juli deambulaba con su sábana y Don Pascual seguía petrificado. Jimeno, de Torremocha, fue el primero en entrar en la casa.

— ¿Hola! — gritó — ¿hay vivos?

Angelote, que era grande como dos retablos y tenía las manos como de arenisca fue el primero en prestar auxilio a Don Pascual. Lo sacudió como a una estera y lo tiró en una leñera como se tira a un gorrino en San Martín mientras el otro seguía preguntando si le había dado. En todo el pueblo se oía que un rayo había entrado en casa de Doña Lupe.

Mi abuela y Doña Cosme, la una con chaquetilla y la otra con mandil, estaban aturdiditas de los gritos, el estruendo y las visitas. Entraban los mozos a la casa bruscos e incrédulos. La Juli arrastraba su sábana como la cola de un vestido de novia y seguía con sus ayes. Mi abuela era una mujer da natural generosa y como si fuera una visita de cortesía a la que había que agasajar empezó a preguntar en voz alta:

—¿Qué os doy yo? Ay, madre ¿qué os puedo dar? — y ordenaba — Doña Cosme, se puede partir un trozo de bizcochón para Jimeno. Doña Cosme, en un papel de estraza medio queso para estos mozos; Doña Cosme, ¿cómo no va a haber un tajo de morcón para Juli? — Doña Cosme corría y entregaba al designado la pieza y por la casa deambulaban mentando el rayo. Aquí con un trozo de tocino, allí con media hogaza. Más mozos entraban y unos con otros se chocaban y pisaban. Este recibía una carne de lata, aquel un cesto de ciruelas. Doña Cosme repartía una azumbre de vino en dos jarros y nadie tenía las manos vacías. Fuera, Angelote comenzó a desnudar al alcalde pues, decía, había que ver si tenía quemadura. Solo de pudor, con la camisa ya sacada y el cinturón desabrochado volvió en sí.

Con paso fino y ligero bajaba Don Evelio que era reticente a esos encuentros, pero entendía que la situación podía requerirle. Llegó y preguntó, con esa mezcla de severidad y ternura que solo tienen los curas, que qué pasaba y que si hacía falta dar la unción tendría que ir alguien a por los óleos. Siguió el barullo: la sábana de la Juli, los mozos que entraban y salían, el alcalde que deambulaba

con la camisa fuera y el rostro descompuesto y Don Evelio que murmuraba para sí que tanta gente ociosa era casi un aquelarre.

El orden volvió cuando llegó Don Alipio, el maestro de la escuela. Para no trabajar en el campo, había marchado de joven a un barco y había descubierto que era igual de duro así que, a la vuelta, había estudiado en Soria. Daba capones a quien se equivocaba y decía: *suen a hueco*. Iba perfumado y comía de lunes a sábado garbanzos con berza y tocino en invierno y patatas con tomate en verano. Los domingos alternaba entre trucha y cangrejos. Era delgado, tenía unos zapatos con los cordones raídos y entrecerraba los ojos para leer. El caos que encontró Don Alipio era similar a un día en la escuela así que dio dos palmadas y con un grito sordo como para llamar ganado dijo:

— ¡A callar, cojones! —porque Don Alipio no escatimaba en palabrotas. — Que nadie hable— siguió. Mi abuela hacía señas a Doña Cosme para que fuera a buscar medio repollo para el maestro— ¿Hay alguien herido, Doña Lupe?

— No— dijo mi abuela. Doña Cosme le puso en la mano medio repollo que Don Alipio aceptó con naturalidad.

— ¿Por dónde ha entrado y por dónde ha salido el rayo? — y empezó de nuevo el barullo. — Silencio que reparto — amenazó, como en la escuela, Don Alipio.

—Entró por la puerta, —dijo Doña Cosme— y salió, creo, por la portezuela que da al huerto. Ha sido, — se aventuró — un milagro.

—No mencione el milagro tan ligero, doña Cosme— intervino Don Evelio. —que nos perdemos.

Salieron entonces todos al huerto, cada uno con alguna vianda. Allí estábamos los niños, mocosos y ojipláticos. Martín, que era hijo de una viuda y estaba asilvestrado, echó a correr y escapó sin saber de qué entre los zarzales, como un raposo. Nos quedamos Marcos Panadero, que era hijo del panadero y olía a harina y hogaza, y yo. Don Alipio se acercó mientras algunos inspeccionaban el suelo como si buscaran una moneda.

—¿Ha salido por aquí un rayo? —preguntó como en la escuela.

—No, —me puse como una estaca de recto— por aquí no ha salido nadie.

—A ver si va a sonar a hueco — abría y cerraba la mano preparando el capón— te pregunto si ha salido un rayo, leches, no si ha salido alguien.

Por allí no había salido ni rayo ni centella, pero supe que tenía que decir que sí y eso hice. Y Marcos Panadero, que era de natural fantasioso y liante empezó:

—Ha ido para allí— y señalaba hacia todas partes—rápido, un rayo gigante...

—Calla, sinsustancia, — le interrumpió Don Alipio, que nos ponía motes a cada rato— que hablemos los mayores. Pues ya ven, el rayo ha salido por aquí y casi les pillan a estos. Ahora, sería lo mejor marchar y dejar a Doña Lupe en su casa.

Fueron saliendo. Uno hablaba de un rayo que había matado a veinte ovejas por el arroyo de Valdedueñas y otro decía que el estruendo se había oído hasta en el Molino de los Ojos. Casi era noche y el cielo estaba oscuro como la miel. Don Evelio se puso en la puerta y, con su sonrisa de bebé, iba despidiendo a todos como si salieran de los oficios. Decía que no se dieran al beber. Les recordaba que hacía falta encerer el portón de la Ermita de San Roque y que él era un cura con dos iglesias. También pedía que a ver si alguien tenía a bien quitar las zarzas de la cuesta de la Iglesia del Rivero. Al día siguiente, decía Don Evelio, esperaba verlos a todos en San Miguel y no solo al vino y al negocio sino a la misa mayor. Y advertía, por último, que no había que acordarse de Dios solo cuando truena, muy satisfecho de lo ajustado que venía el dicho a la ocasión.

Don Pascual se había recompuesto y al salir empezó a recoger con esfuerzo los legajos que habían quedado en el suelo. Sentía que, como alcalde, también debía tener alguna palabra para los vecinos. De ese modo, entre bocanadas, agacharse y subirse el pantalón iba barruntando que los rayos eran cosa de peligro y perogrulladas del estilo.

A los niños, entonces, no se nos hacía ningún caso. Ahora se piensa que sois listísimos, pero entonces era suficiente con que hiciéramos alguna labor y que no nos ensuciáramos los domingos. Yo había visto que en esto del rayo había secreto y vi que Don Alipio, con su medio repollo bajo el brazo, antes de salir le dijo algo a mi abuela al oído.

Esta es la historia que todo el mundo sabe. Al día siguiente se habló de ello, cómo no. Por un tiempo se llamaba a la casa de mi abuela la casa del rayo. Lo que te voy a contar ahora es entre tú y yo. Entre abuelos y nietos.

—Como el palo de un gallinero, Doña Cosme, han dejado la casa que parece un corral — se quejaba mi abuela— Mañana hay que arreglar las suertes y será día de limpieza. Pero es buena hora para una tortilla de cebolla.

—Siéntese Doña Lupe, que yo tengo un pedrusco en el pecho y me imagino como está usted.

—Pues sí, igual una melisa nos temple. Y tengo que decirte una cosa.—Mira, Doña Cosme— empezó, y Doña Cosme, que había preparado la tortilla y la melisa en un suspiro, tenía la boca abierta como cuando dormía. —Esto nos ha tocado a las dos. Esta noche, atiéndeme, va a venir Don Alipio— y Doña Cosme tragó saliva y salió de su boca un ronquido— no pienses, hazme el favor, ninguna asquerosidad— Doña Cosme, sin soltar el mandil se llevó la mano al pecho y es que, para mi abuela, decir que algo era asqueroso o una asquerosidad era un juramento que reservaba para casos contados. — Va a venir Don Alipio porque tú has visto que en esta casa ha entrado un rayo y no ha salido. Los niños han mentido y no se les puede pedir más; pero es de cajón, si el rayo ha entrado y no ha salido pues se debe de haber quedado dentro.

—Señora — en la cabeza de Doña Cosme se juntaba el recuerdo de una tía suya que se había demenciado y decía que los gatos la mordían los pies con el miedo al qué dirán. También se abría paso la posibilidad mareante de tener, si eso cabía en cabeza humana, un rayo metido en casa— señora Lupe, bébase la melisa y en la cama es donde mejor se está, que ha sido esto mucha algarabía.

—Calla, yo no me voy a la cama que tiene que venir Don Alipio.

Y cenaron las dos con el ruido de los platos de metal esmaltado. Después de la cena, mi abuela se sentó en un sillón y Doña Cosme se quedó en la silla. Las dos se quedaron aletargadas. Cuando era ya el conticinio y no se oía bicho ni persona, sonaron en la puerta dos golpes y ahí estaba Don Alipio. Le abrió Doña Cosme porque mi abuela no tocaba ni un pomo y entró sin saludar.

—¿Lo habéis encontrado?

—No hemos buscado—respondió mi abuela— estará arriba.

—Vamos —Subieron las escaleras. Primero, Don Alipio con la *Nueva Enciclopedia Ilustrada* abierta por la página de los rayos. Después iba mi abuela con la procesión por dentro. Por último, Doña Cosme con un rosario en las manos sudorosas y mezclando de los nervios Aves Marías y Padre Nuestros.

No les costó mucho encontrar el rayo. Ahí estaba, en la última planta de la casa, en el desván donde se guardaba un armario de luna, alguna bacina y baúles con ropa apolillada. Ahí estaba, digo, el rayo. Se veía luz por debajo de la puerta y Don Alipio la entreabrió. Como un pájaro encerrado, el rayo iba de la pared al techo y al suelo dándose coscorriones. Era como una culebra luminosa.

Pensaron en dejarle salir, pero no hubo manera. El rayo estaba ahí y no se iba. Quedaron boquiabiertos un buen rato y Don Alipio marchó al cabo de unas horas. Doña Cosme y mi abuela pasaron una noche llena de pesadillas, acidez y sobresaltos. A la mañana siguiente el rayo seguía en el desván, con la luz del sol se sentía menos su brillo, pero ahí estaba. Las dos mujeres al principio pasaban el tiempo atentas a crujidos y chasquidos que se oían en la casa, pero se fueron acostumbrando. No les hizo falta ponerse de acuerdo para entender que esto debía ser secreto.

Ya entrado octubre, cuando iba terminando la vendimia, Don Alipio fue a Madrid a buscar hombres de ciencia que pudieran explicar este fenómeno. Marchó en tren, porque por entonces pasaba el tren por San Esteban. En Madrid debió de llamar a las puertas correctas porque unos meses más tarde, ya después de San Martín, llegaron al pueblo los entendidos. Don Pascual el Sapo supo que llegarían unos ilustres de Madrid y se imaginó de inmediato que debían ser inspectores. Mando comprar tela y que le prepararan un traje nuevo. Temía que fueran a revisar las cuentas y encontrar en el ayuntamiento algún descalabro así que se pasó dos días y dos noches metido en los despachos. Tan pronto guardaba en un cartapacio un legajo como echaba al fuego una carpeta.

Llegaron, decía, tres jóvenes paliduchos con corbatín y bigotillo poco poblado a los que habían puesto de escolta a dos guardias civiles con fusil y gabán de lona como si fueran al salvaje oeste. Era un día en el que el viento traía hielo. En la estación los esperaba Don Pascual, con un traje a cuadros, boqueando y

tiritando al tiempo. Bajaron del tren con maletines de ante y un baúl en el que llevaban sus instrumentos.

—Sean bienvenidos a San Esteban de Gormaz—arrancó el alcalde— nuestro pueblo y ahora también el suyo. Cuénteme entre sus amigos. —siguió—En serviles de cicerone a ustedes tengo yo mi causa y razón. Me honro de ser alcalde y más me honro de poder brindarles hospitalidad— tomó aire—. A su amabilidad fío que me acompañen al ayuntamiento donde tendrán calor y ocasión de tratar a su discreción lo que sea de su interés y menester.

Y los tres se quedaron pasmados como vacas en la siesta sin acertar a decir hasta que uno respondió que solo buscaban la casa de Doña Lupe.

El alcalde se preparó para insistir, pero uno de los guardias le corto cambiándose de hombro el fusil. Le dijo que eran ordenes de la capitanía que no se les incordiara y que él, que era alférez y tenía mucho tute, las iba a hacer cumplir. Pero, continuó, por otro lado, los guardias civiles pasaban muchas penurias, y enumeró al alcalde los fríos de las garitas, las sopas aguachinadas del cuartel, el flato de las esperas, los sabañones y los picores. Le dijo que, además, él había estado destinado en Almazán y sabía lo bien que se comía en estos pueblos y el buen vino que salía de las bodegas y lagares de San Esteban. Así que, tanto él como su compañero estarían encantados de comerse una sopa de ajo, o un cabrito ya puestos a pedir, con un poco de vino y algo de pan, o lo que fuera que el alcalde dispusiera mientras esperaban que estos, y señaló a los tres jóvenes, terminaran lo que tuvieran que terminar que era solo asunto de ellos.

Volvió a cambiarse de hombro el fusil y el alcalde mandó a Serafín, que era el secretario, que llevara viandas a los guardias a la puerta de la casa de Doña Lupe mientras él les guiaba todo lo rápido que podía. Llegaron a la casa de mi abuela y entraron los hombres de ciencia. Resguardados bajo el alero del tejado, los guardias dieron cuenta de una cantara de clarete, una pata de chivo, una perola de sopa y media hogaza cada uno. El alcalde les veía comer y lamerse los bigotes. Le hablaron por extenso de las fatigas de la Benemérita, pero no soltaron prenda de qué hacían esos hombres.

Los tres científicos vieron el rayo, usaron algunos aparatos y le dijeron a mi abuela que harían un informe, pero, confesaron, en el informe no podrían más

que glosar su ignorancia: aquello era inexplicable y quedaría inexplicado. Ellos, dijeron, eran gente de ciencia y que un rayo estuviera tan pancho en un desván escapaba de la ciencia. Y, por último, recomendaron a mi abuela que fuera discreta porque la gente del común con las cosas así, se pierde. Marcharon en el tren de la tarde. Don Pascual el Sapo cogió una pulmonía que le tuvo en cama hasta primavera y todo quedó como antes. Cuando había tormenta o un nublado, Doña Cosme y mi abuela notaban al rayo más activo, pero, aparte de eso, pasaban los días entre pucheros y charlas.

Un día, mi abuela decidió que no era cosa de tener un rayo revoloteando en el desván sin poner a la Iglesia al tanto y fue a confesarse con Don Evelio. Le contó todo e incluso le invitó a pasar por casa para ver con sus ojos el fenómeno. Don Evelio enfureció y respondió a mi abuela con gritos susurrados desde el confesionario que eso era pecado de soberbia y la mandó rezar una buena ristra de Aves María. Apretando la casulla dijo que quién se creía ella para ser digna de semejante prodigio o milagro, que a ver si ella pensaba que de todos los lugares del ancho mundo iba a producirse algo semejante en San Esteban de Gormaz y ni más ni menos que en su casa. Y repetía: *soberbia, soberbia, pecado de soberbia*. Además, dijo Don Evelio, decir tonterías y barbaridades es pecado pues Dios no había secado el seso a mi abuela y era, por tanto, responsable de lo que saliera de su boca. Y *ego te absolvo...*

De vuelta a casa estaba muy alicaída y Doña Cosme le sirvió una copa de vino dulce. Ni la gente de ciencia ni Don Evelio parecían darle explicación o consuelo.

—Estamos, Doña Cosme, solas solísimas. — dijo— y mira que yo llevo tiempo sola, desde que mi marido marchó a Indochina, maldita la hora, pero he sido de buena cristiana, no una beata, pero católica con el corazón y también a la hora de soltar cuartos. Y tú sabes que si no tomé los hábitos en Santa Clara fue porque no tengo encarnadura ni aguante para el trabajo manual y no por falta de fe. De todos modos, no pasa año que no dé un buen donativo como hacía mi padre aquí en San Esteban con los Frailes de San Francisco en su tiempo. Y ahora Don Evelio me llama soberbia por tener un rayo en casa. ¡A ver si solo va a haber milagros en Roma!

—Ay, Doña Lupe, deje la mala sangre que no tenemos ninguna culpa y bastante hacemos que conservamos la cordura —le respondía Doña Cosme. — Piense que el rayo da menos guerra que un primo de visita: no pide pan y hace menos ruido que un pajarillo. — Y con argumentos similares calmaba a mi abuela. Solas, imagínate, las dos con un rayo. Don Alipio preguntaba a veces si seguía allí y mi abuela o Doña Cosme asentían cerrando los ojos.

Mi abuela, que sería tu tatarabuela, murió un septiembre seco en el que todos temían por la vendimia. Murió y hubo tormenta. En su entierro cayeron rayos. El pueblo olía a hierba, setas y estiércol. Doña Cosme, tras el funeral, recogió sábanas, dobló manteles, ordenó la loza y vio que el rayo seguía en el desván. Cerro la puerta de la calle, dejó la llave en el clavo, se acostó y nunca despertó. Murió dos días después de mi abuela y en su entierro también cayeron rayos. La casa quedó abandonada como está hoy. Y yo, que había visto al rayo en el desván con mi abuela, subí a ver si seguía. Se había marchado. La casa quedó cerrada, oscura, sin alma ni centella.

Te cuento esto para que entiendas que, donde hoy ves una casa vacía, hubo en su momento vida y hasta magia. Para que aprendas a mirar y admirar, sin miedo. A veces, no hace falta ir a Roma para buscar los milagros. A veces, las buenas historias se esconden en el desván de una casa de San Esteban, sin que nadie repare en ellas.

Mi abuelo, en la ciudad, se cansaba a cada paso, pero, mientras hablaba, habíamos recorrido el pueblo entero y subimos, sin que le faltara el resuello, hasta el castillo. Callábamos y mi abuelo miraba San Esteban y el horizonte. Yo me entretenía en recorrer los tejados buscando la casa de esta historia. Y entonces, un destello como una chispa se destacó en un tejado. Claro que podía haber sido el brillo de una chapa, el reflejo del sol...

—Yo también lo he visto— dijo mi abuelo. Y quedamos en silencio.